

LA ANGSTIA

El título de un editorial de *Washington Post* es éste: *Anguish of Power*. La angustia del poder. Y su tesis: desde el momento en que un pueblo se siente investido por el poder, ya no le es posible conseguir un estado nacional de paz mental y está condenado a sufrir la angustia que nace de la duda, del dilema entre aplicar su fuerza o fracasar por no haberla empleado. Un artículo en el *Times* de Londres completa el tema: «La vida es una alternativa entre las miserias del Vietnam o las miserias de Munich. No hay otro camino de liberar a los pueblos de esta aflicción. Ya no había escapatoria en los días de la gran potencia británica; no hay escapatoria ahora, en momentos en que ninguna crisis puede ser considerada demasiado remota o demasiado poco conexa con los intereses nacionales como para ser desdeñada». Con estos términos el debate se eleva de tono. Me refiero al debate cuya hiriente actualidad puede encontrarse en el diario de cada mañana o de cada tarde. Si las grandes potencias de hoy no pueden desdeñar crisis o conflictos por demasiado lejanos, los hombres de hoy no podemos dejar de solidarizarnos con los hombres que luchan y mueren: nunca están suficientemente lejos de nosotros como para olvidarlos, como para no tratar de comprender las razones por las que mueren y luchan estos hombres a los que llamamos *marines*, guerrilleros, rebeldes, paracaidistas, consejeros militares, sublevados, fusileros...

Pero, es preciso elevar el debate, llevarlo a términos generales.

El debate sobre la angustia del poder que reanuda ahora el *Washington Post* es antiguo, es antiguo como el hombre. Un párrafo de Arnold J. Toynbee, el filósofo de *A study of history*, da una versión milenaria del tema. Dice así: «En la historia del Estado Universal helénico, el propio fundador dio un ejemplo concreto de moderación a sus sucesores renunciando a llevar la frontera romana hasta el Elba, antes de dejarles en herencia el famoso consejo de contentarse con preservar el Imperio en sus límites de entonces sin tratar de extenderlo. La actitud de Augusto encuentra su ilustración en la controversia, que relata Estrabón, acerca del punto de saber si la regla que había enunciado podía comportar una excepción para las Islas Británicas. Aunque sobre este punto concreto haya podido esta doctrina ser finalmente infringida, Trajano demostró a continuación la solidez del juicio de Augusto cuando se atrevió a no respetar la regla, esforzándose en realizar el sueño de Craso, de César, de Antonio: la conquista del imperio de los partos. El avance momentáneo desde la orilla oeste del Eufrates, al pie del Zagros y al fondo del Golfo Pérsico, fue adquirido al precio de un agotamiento intolerable de los recursos del Imperio romano en hombres y en dinero. Estallaron insurrecciones no solamente bajo los pies del conquistador en los países conquistados, sino también tres él, en la Diáspora judía de las viejas posesiones del Imperio». Sobre estos recuerdos históricos, que son constantes en la obra de Toynbee —escrita entre 1930 y 1954—, escribe un párrafo que parece inspirador directo del *Washington Post*: «Bajo su máscara serena de supremacía fácil, la paz ecuménica de un Estado Universal libra a todo instante una batalla desesperada contra un demonio no exorcizado de violencia, que permanece en su

seno, y ésta es la lucha moral que nos aparece bajo el aspecto de un conflicto de políticas». En su prólogo a *War and civilization*, escrito en 1950, Toynbee describe, en cambio, cuál es el drama del pacifismo, «y es que los pacifistas están obligados a decirse que si su acción fuese eficaz el pacifismo sería una fuerza política apreciable a la merced de aquellos países en los cuales el pacifismo sería impotente, lo cual equivaldría a permitir a los Gobiernos menos escrupulosos de las potencias militares más ciegas hacerse de pronto dueños del mundo. Considerar este porvenir y someterse a sus consecuencias presupone una previsión activa y un heroísmo pasivo que son propios de los santos, pero no de la Humanidad considerada en masa». Y sigue con estas palabras: «El horror general del santo contra el pecado de guerra está en riesgo de ser mucho menos potente que la aversión natural que sufre el mortal ordinario contra la obligación de pagar el terrible tributo de sangre y de lágrimas que exige la guerra».

En los Estados Unidos este dilema, esta angustia del poder, está planteada desde hace muchos años. Es posible recordar un encuentro producido en el Senado entre dos hombres situados en extremos opuestos. Uno, es el senador por Arizona, Barry Goldwater; el otro, el senador por Arkansas, J. William Fulbright. El 13 de julio de 1961, Goldwater decía en el Congreso esta frase: «Es realmente asombroso que nuestro Gobierno no haya nunca afirmado su propósito de alcanzar una victoria total sobre las fuerzas tiránicas del comunismo internacional». Fulbright respondía: «Debo confesar que encuentro algunas dificultades en entender precisamente lo que significa «victoria total» en esta era de conflictos ideológicos y armas nucleares. Ciertamente, se trata de un término excitante. Tiene un aura romántica. Acelera la sangre como un clarín llamando a las armas y estimula la imaginación con una imagen de valerosas, heroicas hazañas. Sería beneficioso e instructivo, pienso, que aquellos que piden victorias totales pudieran definirnos con precisión cómo podrían ser conseguidas y qué haríamos con una victoria total una vez que la hubiésemos conseguido (...). El senador por Arizona sugiere que la «periferia de la libertad se está haciendo cada vez más pequeña en razón directa de nuestros fallos en una acción de fuerza». ¿Qué puede significar una posición de fuerza? ¿Significa una invasión de Cuba que podría destruir la dictadura de Castro, pero que nos alienaría el resto de América Latina y necesitaría la guarnición de «marines» en Cuba para proteger un régimen impuesto por nosotros contra los rebeldes fidelistas y sus guerrillas? ¿Significa el empleo de las fuerzas americanas en una interminable guerra de guerrillas en las junglas de Laos, una guerra en la cual las ventajas de la geografía estarían de parte de los comunistas? (...) Una de las principales lecciones de las dos guerras mundiales es la de que las guerras, y las victorias totales, engendran más problemas de los que resuelven. Aparentemente no hemos aún aceptado el hecho de que no hay soluciones absolutas, de que podemos hacer algo más que mitigar nuestros problemas, y que debemos y podemos aprender a vivir con ellos. (...) El senador (Goldwater) dice que la opinión mundial es «un área de preocupación oficial que no tiene

A DEL PODER

por qué existir», que la «opinión mundial favorece actualmente al comunismo». El senador comete una injusticia con respecto a las esperanzas y aspiraciones de pueblos a través del mundo y concede al comunismo un poder de atracción mucho más grande del que actualmente tiene. No es el comunismo el que llama a los corazones y a las mentes de los pueblos que surgen en Asia, Africa y América Latina. Estos pueblos tienen esperanzas de paz, de una vida material decente y de autodeterminación. Sólo hasta el punto de que el comunismo puede identificarse con estas aspiraciones gana prestigio, alianzas y respeto. (...) Nuestro verdadero objetivo es el de continuar nuestro esfuerzo por limitar la lucha mundial por el poder y llevar al mundo a reglas civilizadas. Tal programa no está revestido del teatro y la novelaría (*drama and romance*) de una cruzada global. Su virtud es la de que representa un acomodo realista entre nuestros más altos propósitos y las limitaciones de la capacidad humana. Su último objetivo es, desde luego, la victoria total, pero no para nuestras armas en una guerra nuclear o por el objetivo de crear un mundo forjado a la fuerza sobre nuestra imagen, sino más bien para un proceso, un proceso de civilizar las relaciones internacionales y conducir las gradualmente hacia un reino mundial de ley, de orden, de procedimientos pacíficos para resolver los agravios legítimos». (Senador Fullbright, discurso al Senado, 24 de julio de 1961.)

ESTA larga cita está hecha con objeto de revalorizar el debate de hoy, de emplazarlo en su contexto histórico. Dos grandes núcleos de opinión, el *New York Times* y el *Washington Post*, se han separado del punto de vista de la Administración norteamericana, que consiste en que ha comenzado la segunda etapa de la guerra fría. El *New York Times* utiliza en su editorial las propias palabras del Presidente Johnson en su discurso inaugural de la legislatura presidencial, que consistían en un llamamiento a la paz. El *Washington Post* abre el debate al que aludo, y publica cartas de sus lectores en las que hacen importantes interrogantes acerca de si «Dios ha dado a los Estados Unidos el mando de ocuparse de la misión del hombre blanco», de si hay una superdeterminación de que en el Imperio norteamericano no se ponga nunca el sol», de «si no ha ocurrido nada que haga que el siglo XX sea distinto»...

Pero al otro extremo del diálogo está Mac Namara y los poderosos grupos de presión, está la angustia de una «escalada» que aparece como una fuerza del destino que arranca con los cuatro disparos de Dallas y que desde entonces nadie puede detener. Las razones de Mac Namara —prácticamente, el poderoso cerebro estratégico del ministro de Defensa se ha convertido en el portavoz de la Administración— expresan una de las formas de la angustia del poder. Se trata de que, a su entender, la nación más poderosa del mundo no debe ser impotente ante las pequeñas subversiones que pueden acabar con su hegemonía, dejando intacto el más fabuloso arsenal del mundo. En sus declaraciones a *U. S. News and World Report*, Mac Namara se declara convencido de que la URSS no tratará ya de alcanzar la fuerza nuclear estratégica de los Estados Unidos porque le es imposible: esa fuerza, dice, es de 1.270 *missiles* de largo alcance y 935 bombarderos intercontinentales (quedará completada el 30 de junio),

Por **EDUARDO HARO TEGLEN**

mientras que la de la URSS es evaluada por el secretario de Defensa como inferior en una proporción de uno por tres o cuatro. Hoy la URSS puede destruir 125 millones de vidas en los Estados Unidos (población total, 195 millones), pero en 1970 no podrá destruir más que 100 millones de vidas en los Estados Unidos. Sin embargo, esta potencia no basta: «estamos dispuestos a reconocer que nuestra superioridad estratégica, nuclear, que es el fundamento mismo de nuestra potencia de disuasión, no bastará para evitar todas las formas de agresión política y militar procedente de los Estados comunistas, a los cuales debemos enfrentarnos. Necesitamos más que esta superioridad estratégica nuclear para evitar las formas menores de agresión. En consecuencia, hemos elaborado, hemos preparado para el porvenir una fuerza diferente, distinta de nuestro poder estratégico nuclear. Quiero decir una fuerza convencional de gran envergadura, tanto terrestre como aérea, que se extiende hasta los tipos de fuerzas paramilitares utilizados en el Vietnam de hoy».

En cuanto a estas fuerzas del Vietnam, puedo citar a un especialista de estos temas, Jack Raymond, que escribe desde Washington que «los funcionarios de defensa, aunque no les guste la terminología, confiesan claramente que las hostilidades en el Vietnam han dado a las fuerzas militares «un laboratorio para la guerra» (*New York Times*, 4 de mayo). Se están ensayando teorías tácticas, se adiestran hombres y armas en la línea de batalla. Las fuerzas aéreas, el Ejército y la Marina participan». «Muchos creen —dice— que guerras limitadas e insurrecciones serán muy probablemente el tipo de la guerra futura. La experiencia del Vietnam es enorme, como ha observado un oficial del Pentágono, «no solamente para los hombres que combaten actualmente, sino para los políticos y los planificadores de aquí» (Washington).

ES innecesario señalar el peligro de la situación. Hemos entrado en una segunda etapa de la guerra fría, después de la tregua política de la primera. Es muy necesario hacer constar que las condiciones geopolíticas, las relaciones de fuerza, la situación de las alianzas —todas están hoy rotas— son esencialmente distintas. Es, por lo tanto, imprevisible saber lo que va a durar esta etapa, cómo va a desarrollarse. Hasta ahora falta un dato esencial: la respuesta del «otro lado». Prácticamente, en la primera etapa, los Estados Unidos fueron siempre por detrás de la iniciativa; ahora la han tomado, en un momento aparentemente inesperado, cuando la paz parecía apuntar hacia un establecimiento firme. Este rebrote puede ser breve, puede ser una pura nostalgia de poder, una solución momentánea de la angustia del poder. Pero puede ser larga, puede ser dura; puede llegar a todo.

(Sigue a la vuelta)